



CUENTOS DE MI TAITA
POR NICOMEDES SANTA CRUZ

SIETE

A mi buen amigo
Sebastián Salazar Bondy.
Lima, Feb. 1962

Como a las doce del día de aquel caluroso sábado veraniego, fueron mis últimas diligencias comprar discos en una tienda de las Galerías Boza. Luego, seguí calle abajo por el jirón de la Unión, pasé el "Bolívar" y entré a esa larga cuadra llamada Belén. Ciento noventa soles cada long play. Ahora mi problema estaba en encontrar un taxi libre que me llevara a casa, aligerarme de ropa en mi pequeño y solitario mundo y deditarme con mi mejor adquisición: "Bola de Nieve y su piano". Un taxi libre... Un taxi libre... A la una, empapado en sudor y mareado de ver pasar colectivos completos, decidí recuperar mi optimismo premiándome con una cervecita helada, bien helada.

En la misma Belén de mis angustias ingresé a un bar de dimensiones descomunales. Como lo temía, estaba repleto de bedores. Y lo de siempre: "¡Salud, don Nicomedeles!..." "¡Díctimas de pie forzado!..." "¡Sátiras de negra loca!..." Todo esto imitándome la voz con taimada socarronería. Puse esa carta sería que tanto detesto. Sor-teando mesas y eludiendo brindis llegué hasta el salón del fondo. Allí todo era paz y tranquilidad, no había casi nadie, ni mozos... Contemplé el salón de afuera con su abigarrada multitud e infernal bullicio. Y me asombré de haber cambiado tanto. Yo, que fui el amo del "caillao en cinco rayas", del "ojos azules", y del desleal "tira y jo-ven"; ahora detestaba el cubilete con su secuencia de amigos ocasionales, vivezas criollas, riñas espontáneas y borracheras estúpidas... Mucho debo haber cambiado. Llegó el mozo (impersonal, displicente).

—Por favor, me trae una cerveza chica —le dije.

—¡No hay más que grande!

—respondió con sequedad.

Parece increíble cómo influye en el ánimo del consumidor el tamaño de la cerveza. Yo puedo beberme tres o cuatro cervezas chicas complacido en mi solitud, pero una cerveza grande acompleja, me hace pensar que es para dos personas y la tomo sólo porque no tengo amigos, y no tengo amigos porque no los merezco... Sin embargo, bebí.

Entonces fue que llegó él:

—Señor, ¿le lustro?...

—Bueno —le dije.

En realidad mis zapatos lo necesitaban. Por lo general me lustro yo mismo. Odio ver alquien a mis plantas. Ni una mujer. Menos un niño. Lo contemplé detenidamente. Recordé a los pilluelos franceses de "Fan fan y Claudinet". Pequeño, de unos diez años. Triguero y de hirsuta cabellera. Vestía camiseta de algodón y pantalones de dril, todo muy sucio. Sobre la camiseta, a la altura del corazón, un mal hilvanado rectángulo de



Carolina Mayo

pañó negro.

—¡Listo, señor!

Le di media libra y no le acepté los cuatro soles de vuelto. Se retiró a otras mesas y sequé la botella. Cuando volvió a pasar junto a mí, le hablé.

—¿Me llamaba, señor?

—Por mi madre —me dijo—,

murió en diciembre.

Y se le aguaron los pequeños ojos... Inmediatamente recordé a la señora Victoria: 29 de abril de 1959. Para él: diciembre del 61. Una pequeña diferencia cronológica y una tremenda y común realidad. Ahí estábamos, frente a frente, dos huérfanos de madre. Sentí unas ganas locas de abrazarme a él y llorar a gritos. Pero no lo hice. Le acaricé la cabeza y dije:

—Por favor, no llores... ¿Cómo te llamas?

—"SIETE" —respondió—, me

dicen "Siete" porque soy siete-mesino.

—¿De dónde eres?

—De Huaral.

—¿Dónde vives?

—En el Rímac.

—¿Estudias?

—Este año entro a primero de media.

—¿Qué quieres ser?

—Banquero... o Ingeniero.

—¿Por qué trabajos?

—Para ayudar a mi familia.

—¿Tienes hermanos?

—Sí señor —me dijo—, so-

mos doce: el Lalo; la Rosa, que es casada; la Tini, que es casada; Jorge; yo; la Juana; la Paula; el Coco; la Tere; la Coca y el bebito, que todavía no tiene nombre. A la Tini se le murió su marido y ahora vive con un ne-grito.

—¿Tienes papá?

—Sí.

—¿Te pega?

—No, mi papá es muy bueno

y lo que gana lo pone en el Ban-

co para comprarme ropa.

—¿Cuánto tienes guardado?

—Cuarentinueve soles.

—¿Amorzaste?

—No señor, yo almuerzo a las tres de la tarde, cuando ya hay poco trabajo.

—¿Serías tan amable de acom-

pañarme a almorzar? Te invito.

—Gracias, señor —me respon-

dió.

Llamé al mozo y le pedí otra cerveza, dos cubiertos y la lista.

—¿Qué quieres servirte? —pre-

gunté a "Siete".

—Lo que usted desee invitar-

me —contestó.

Sólo había "seco de cordero" y cau-cau". Muy picante. Pre-

parado con sentido comercial, co-

mo para borrachos. Almorzamos.

En la mesa vecina bebía un sar-

gento de policía con dos amigos.

Me miraba intrigado. De pronto,

"Siete", sacó de su bolsillo una

vieja billetera de la que extrajo

un ajado recorte de periódico, y

me lo mostró, diciendo: "Este es

mi papá". Era la foto de un mes-

tizo sesentón, con todo el aspecto

de esos capataces de cuadrilla de

la Hermandad de Cargadores del

Señor de los Milagros. Sobre su

fotografía se leía un titular a cua-

tro columnas: "Vecinos de Abajo

el Puente ven al "Hombre Can-

guro".

—¿Ustedes vieron al "Hombre

Canguro? —pregunté sorprendi-

do.

—Todos en el barrio lo cono-

cimos —repuso "Siete".

—Pero yo lo capturó la policía,

¿no?

—La policía ha chapado a

otro —me dijo—. A un hombre alto que también cojeaba. Un día lo vieron unas señoritas y se asustaron; gritaron que era el "Hombre Canguro", él también se asustó y con un punzón que llevaba en la cintura hirió a una de ellas. Después la gente lo cor-rroteó y lo chaparon, le reventa-ron un ojo y se lo llevó la policía.

—Pero entonces, ¿quién era el verdadero "Hombre Canguro"? —inquirí ansioso por saber la historia de aquel sádico asesino de mujeres, que meses atrás había sembrado el pánico entre los vecinos del Rímac.

—El "Hombre Canguro" era bajo, "maceta" (9), así de mi color —dijo "Siete" apuntándose el rostro—, caminaba dando saltos y con las solapas del saco subidas. Lo conozco porque una noche lo correteamos y se escapó por "La Totorita". Cuando chaparon al otro él desapareció y nunca más se le ha vuelto a ver.

—¿Tú nunca has robado, verdad? —le pregunté.

—No señor —me respondió—, yo trabajo desde los cinco años.

Antes vendía periódicos, pero en esto gano más. Los que roban

son los que paran en la Plaza San Martín, por los portales, pero yo no me junto con esos. A mí me han robado ya tres veces y me he

trompeado con ellos.

—¿Quieres una gaseosa?

—Sí señor, esto pica mucho y ya me llené con el "seco", creo que voy a dejar el "cau-cau".

A estas alturas llegaron dos lustrabotas más. Vulgares. Sin

clase. No eran como mi amigo. Uno de ellos, serranito, se sentó

en el suelo a contemplarnos. El otro, injerto, le pidió a "Siete"

sus sobras del "cau-cau". Nunca podré olvidar la cara de satisfac-

ción y suficiencia que puso mi pequeño amigo.

—Todos los sábados es mi día de suerte —me dijo—. El sábado pasado otro señor también me in-

vitó a almorzar.

—Es que tú eres un buen chico, "Siete". Ahora te dejo por-

que tengo que hacer.

—¿Nos veremos otro día se-ñor?... ¿Vendrá usted el próximo sábado?

—Seguro, "Siete", seguro —le mentí.

Al retirarme, el primero que me invitó a su mesa fue el sar-

gento vecino.

—¿Me acepta un trago, don Nicomeades?

—No puedo, gracias; acabo de almorzar con mis amigos —le dije señalando a los tres lustra-

botas que me miraban felices.



(9) "Maceta": Persona de robusta com-plexión.